



ARTE Y DESTREZAS

Enseñanza, arte y profesión: El viaje del maestro



Eva Aladro Vico

Catedrática de Teoría de la Información. Universidad Complutense de Madrid

Un antiguo autor hindú célebre por su concepción normal del Arte, decía que los artistas no son un tipo especial de personas, sino que cada persona es un tipo especial de artista. Mi experiencia como profesora sin duda confirma esta idea. Ser profesora durante más de treinta años me **ha confirmado que la docencia es un arte, un fin en sí mismo que supera la concepción mercantilista de la profesión.** Y explico a qué me refiero. La enseñanza es en realidad un viaje, el viaje del maestro. Pero en ese viaje, no hay un viajero, sino que **el profesor es sencillamente el medio de transporte.** Y como decía Kavafis, en su poema "Izaki", el viaje es el destino.

Ser enseñante es experimentar ese viaje, un impulso creador absoluto. Un viaje sin viajero, pero en el que todos los viajeros están comprometidos.

Hay una cosa sorprendente en dar clase, y es que es en las clases donde el profesor aprende. Aprende de su alumnado, desde luego, que es una fuente increíble de conocimientos y que el profesor debe con humildad reconocer y recoger, para traspasarlos a las siguientes generaciones. Pero hay algo más. **El profesor no da dos clases iguales, cada clase es una auténtica creación original** en la que él o ella reconecta con las fuentes fundamentales del conocimiento, y a menudo, lo que puede transmitir es más de lo que tenía planeado. Este fenómeno, que los buenos maestros conocen, y del que seguro nunca dejan de asombrarse, es esencial. **Cada clase debe ser una pieza única, artística.**

Se diría, además, que esa transmisión es muy sensible al momento, al contexto, y que, para cada grupo de estudiantes, **la transmisión de lo necesario se hace diversa, como si se adaptara a quien va a escuchar.** Lo que tenemos que explicar y traspasar es llamado por quien tiene que escucharlo. Como decía Walter Benjamin, toda buena comunicación está siempre en compañía de su oyente; todo conocimiento, que es patrimonio de quien debe detenerlo, llega, por la vía del maestro asombrado, a su poseedor provisional, el joven que comienza a aprender. Cuando se produce el traspaso de ese mensaje, de ese hilo, y continúa su urdimbre hacia el futuro, el profesor tiene clarísimo que ha sido superado por un proceso que lo transforma, y en el que solamente el instante del contacto, y de la continuidad, es lo que genera, o regenera, la vida.

Ser enseñante es experimentar ese viaje, un impulso creador absoluto. Un viaje sin viajero, pero en el que todos los viajeros están comprometidos. Quien recibe la enseñanza de este tipo se asombra del regalo que tiene en sus manos. Nunca jamás lo olvidará, y de esa pasión nacerá el impulso para regalar a otro, al siguiente de la cadena, aquello que éste recibirá como un prodigio.

El viaje del creador

Asistimos sorprendidos a un proceso que parece tener su propia fuerza más allá de la que nosotros ponemos intencionadamente. **Cuando enseñamos, los conocimientos mutan en el acto, se abren a nuevos desarrollos,** como si llevaran encadenados en su interior milenios de experiencias y ricas matizaciones, y en el instante en que emitimos esos mensajes, nos llegan a nosotros mismos novedades de su propia naturaleza insondable. **Cada clase es un misterio increíble, un asombro.** Es algo que actualiza el ser mismo. Algo que nos reclama, que nos pide, una entrega total, que al mismo tiempo nos recrea. Y en esa profunda experiencia profesional, el maestro encuentra el fenómeno mismo de la vida explicado, justificado y manifiesto.

El viaje del profesor, el viaje biológico, el viaje creador, son un infinito túnel comunicante que anula a los seres que intervienen en esos procesos al convertirlos en medios de transporte. **Ellos se realizan, dan todo su ser, se entregan con máxima atención, y con ello, consiguen abrir de extremo a extremo el hilo del conocimiento, de la vida, de la energía creadora.** Entonces, el tiempo desaparece: un único y mismo acto de vida, de creación, de conocimiento, se reproduce siempre infinito. La cadena de los viajeros se resuelve en un único instante, que jamás es igual, porque sigue adelante. **En tanto es futuro, en tanto siguen viniendo estudiantes jóvenes a recibir lo suyo, el profesor seguirá sabiendo y enseñando, y su conocimiento seguirá creciendo, bebiendo de la fuente original, sin que él sepa muy bien cómo.** El futuro crea nuestro presente: lo que hemos explicado en clase, proviene del infinito. Ser profesor es experimentar este milagro, esta cosa inaudita, sorprendente, de verte aniquilado, superado, convertido en virutas, ante una construcción inmensa, y notar cómo convertirse en un medio para llevar al futuro esa fuente inagotable es todo cuanto un ser humano realmente necesita para ser profundamente feliz, y realizarse. Es un espejo de la verdadera felicidad humana, en la que someterse a un fin superior a uno mismo te permite detenerlo como algo personal, e íntimo, y después, disfrutar del fenómeno de regalarlo, de hacer entrega a su destinatario, ese chico o chica que sienten el mismo fuego en su interior, y no se explican qué está pasando del todo. Cada uno, en ese proceso, tiene un nombre propio, todo cuanto sucede en clase ocurre por una razón: ocurre para una persona.

A menudo me he preguntado a mí misma en clase: ¿quién hay aquí que necesita esto que me está haciendo decir? En ese viaje, uno no es el viajero, pero al deshacerse en su infinito océano sin principio ni fin, todo absolutamente queda explicado. **Es por esto por lo que ser profesor es ser un tipo especial de artista.**

Fuente: Revista Profesiones nº 208.